

sin alcanzar cada cual la meta final de una impresión definitiva. Lo mismo que en el ambiente. ¿Fué esto lo que intrascendentemente quiso hacer el autor?

Admiramos al autor de «En el viejo Almendral», y de tantos otros libros y novelas. Su obra toda, premiada recientemente con el Premio Nacional de Literatura, tiene características multiformes, e interpreta y quizá afirma a su modo el inestable sentido criollo de nuestra época. De un naturalismo espontáneo y personalísima, y de un estilo vívido y valiente, en el que rebrilla a cada paso el sentido gráfico de la observación, afronta con la misma fácil seguridad los escollos profundos de la novelística pura y los escollos esquivos del periodismo profesional. Este «En el viejo Almendral» reúne y mezcla las calidades y cualidades específicas—notables—de lo uno y de lo otro.—G. KOENENKAMPF.



EL LITRE, por el Dr. *Alejandro Reyes*. Zig-Zag

Ciertamente, hablar, dejar que nuestras opiniones modestas cubran las páginas en blanco, es tarea, si no arriesgada, por lo menos movediza, cuando se trata de un libro cuyo contenido, como el que nos ocupa, es materia más viviente para especialistas, técnicos, en suma profesores. Porque casi siempre esas opiniones serán supuestas como infundadas, sabiendo que quien las escribe no tiene suficiente autoridad como para emitir las, puesto que empezaría su desequilibrio por la base...

Todo esto es muy cierto. Pero tratándose del libro del doctor Alejandro Reyes, este argumento se diluye un tanto, se vuelve borroso, quedando siempre en existencia, pero bajo otros matices, dando margen a opiniones que, precisamente, no son ni lo agrio ni lo dulce... En verdad, lo expositivo del libro del doctor Reyes hace que su lectura llegue perfectamente al lector profano. Más aun, que después de ella consiga hacer

reflexionar, pensar, en una palabra, buscar, como el autor lo hace, el origen de un todo, precisamente como lo haría cualquier investigador frente a un caso inédito, puro, inapreciablemente virgen.

Desde este punto de vista, a todas luces relativo, nos hemos puesto a escribir estas líneas, no tentados por el afán de aparecer escribiendo sobre todo lo que aparece, sino por considerar que el libro del doctor Reyes fundamenta conocimientos, entrega luces sobre puntos diversos, a la vez que hace del tema una espléndida casilla para guardarse de las leyendas, divinas en sus mentiras fundamentales, irreparables en sus errores más cualitativos.

Estamos, pues, frente a la Historia, a la Definición, a la Etiología, a la Patogenia, a la Afección del Litre.

Cada uno de estos cuerpos, trozos del libro mismo, llevan en sí una aparente abundancia de términos, de fórmulas, de modos científicos, imperturbables, imposibles de variar, pese a todas las atmósferas, a todas las corrientes, y también, a todas las voluntades. Decimos aparentes, y sin ánimo de ocultar nada, decimos una verdad tangible. Esos términos, esas definiciones, si faltasen, dejarían todo sin valor, o con esa valoración, también confusa, de una intuición sin raíz propia, fundamental, irremplazable. De modo que lo rígido es esta obra, es decir, su terminología, cae con estrépito cuando se va descubriendo que es irremplazable. Que justamente es lo que hace más decisiva la composición de la obra, ilimitada en alcances, porque deja margen a una mayor completación desde ahora existente, por cuanto el libro que comentamos viene a ser el comienzo de un tesoro antes poco conocido entre nosotros.

Ahora, poner en duda lo valioso para la ciencia que debe resultar la obra del doctor Reyes, es pecar de ciegos. Nosotros no alcanzamos a medir con esas cuerdas un alcance que, como se comprende, no conocemos, y que atrevidamente imaginamos. Por lo demás, por nuestra percepción comprobamos la belleza

científica que significa un trabajo copioso, interesante, valioso a la vista de todo el mundo. A nosotros, esa belleza nos transporta a reinos no científicos en su rigidez, pero ilusorios en su base de verdad, de hondura bien medida, de variedad sincera.

Algunos críticos de ocasión, compungidos por su estridente mal humor, derivado de cierta incapacidad expresiva y cierto malestar de cultura superficial, nos suelen manifestar que la metáfora obedece a las sinrazones críticas de quien comenta éste u otro libro. Si en verdad se hiciese pura metáfora, si en verdad esas metáforas no correspondieran a razones justas, esos críticos pasarían a primer plano, con sus verdades, y conquistarían esa inmortalidad barata a que tanto amor profesan. Pero las verdades tangibles están demostrando que el error íntegro les pertenece. En este artículo, por ejemplo, nuestras palabras no han sido las correspondientes a un libro de poemas, y ellas recaen en un poeta que, con toda facilidad, ha escrito una obra científica... Quiere decir entonces, por una doble razón, que la capacidad de escritor de cada cual no se valora por su variedad expresiva, sino por sus verdades expuestas a la luz de otras verdades. Tal vez el escritor verdadero escribe justamente cuando desea expresarse, y cuando en ese deseo existe una necesidad imperiosa. Creemos oportuno señalar que esta actitud corresponde, justamente, al lado opuesto de la otra, que manifiesta tal o cual crítico ocasional, al presionar sus recursos, cuando, después de saturarse en su mediocridad, nos entrega una página cortante, anodina, de su agudo *criterio* unilateral.

Al respecto, el estilo que el doctor Reyes impuso a su obra es el fruto de su sinceridad, unido a su conocimiento. Las observaciones pasan claramente. La Historia dice sus cosas con sencillez, y a través de toda la botánica que se percibe, un suave olor, mezcla de sinceridad y mimetismo ocasional, va dorando, salpicando las páginas con su oleaje persistente.

No tuvimos oportunidad de hablar del doctor Alejandro Reyes cuando apareció su libro «Motivos del Puerto», una selec-

ción de antiguos poemas, que editó en 1941. Ahora, al hablar sobre «El Lirio», nuestro campo ha sido, como puede verse, más limitado que aquel de la poesía o ese que imaginábamos encontrar al leer su interesante obra que motivó estas líneas. Libro de interés científico, el del doctor Reyes encontrará una acogida más perfecta en fundamentos, más acabada en realizaciones objetivas de su género, que le compensarán a estas líneas que no pasan de ser las de un lector que en su sinceridad las expone.—VÍCTOR CASTRO.



LLAMADO DE SUPERACIÓN A LA AMÉRICA HISPANA, de don
Enrique Molina

«El llamado de superación a la América Hispana» lo pronuncia don Enrique Molina en nuestra Universidad el 14 de abril de 1942, con motivo de celebrarse el Día de las Américas.

Se trata de una pieza oratoria escrita con un estilo ágil, vibrante a veces, galano y limpio, un estilo que parece traducirnos esa madurez en que el escritor comulga sin esfuerzo con el idioma, porque se tiene entrañada la experiencia de aquello que nos comunica.

En poco más de una treintena de páginas, nos procura don Enrique Molina la visión histórico-cultural de los pueblos anglo e ibero-americanos, y anticipa algunas reflexiones acerca de nuestro porvenir (que será halagador en la medida que fluya libre y democrático).

No faltan, por cierto, antecedentes que determinen el desarrollo superior de los Estados Unidos del Norte con relación al de los en algún tiempo llamados Estados Desunidos de la América del Sur.

Los colonos ingleses huyen de la patria con el designio de mantenerse en la religión que propugnan. Ya en el Nuevo Con-